usted al conde, traduciéndoselo si es menester, para que no vuelva á tratar tan mal los misterios de la Redención.

¡Ah! Y dígale usted también al conde que no escriba en castellano *Zacharías* ni *Zacheo*, por echárselas de erudito, sino Zacarías y Zaqueo, que es como se escribe, porque la *c* y la *h* en castellano no tienen más sonido que el suave *cha*, *che*. Y que no quiera parecerse á algunos periódicos de Valladolid y aun de Madrid, que escriben *vallisoletano*, lo cual es una tontería.

Y nada más.

Digo, sí; se me olvidaba. Dígale usted también al conde que escribiendo tan mal como escribe y haciendo tan remalísimos versos, ¿por qué diablos no solicita una plaza de académico de la lengua?

Que no sea tonto, que entrará como Pedro por su casa.

III

AHÍ tienen ustedes al marqués de Molíns, muy señor mío, y supongo que también de ustedes; pero, sobre todo, de la embajada de París, que ha usufructuado unos seis años, para lo cual no necesitó el viejo moderado y aun *polaco* más que resellarse de liberal-conservador.

Cosa para el marqués mucho más fácil que hacer una aleluya.

Si la aleluya ha de ser buena; pues para hacer aleluyas malas ó cualesquiera otros versos de la misma índole, tiene el marqués tanta facilidad lo menos como para resellarse.

Y es de advertir que no ha sido esta la primera vez, sino que ya llovía sobre mojado. Es decir, llovía sobre la embajada de Londres, que también usufructuó el marqués allá por los años del 65 al 66 de este siglo, mandando la Unión

liberal, sin que para ello tuviera más que hacer que resellarse de unionista.

Los moderados son así; ó por lo menos así es D. Mariano Roca de Togores.

La embajada primera no le costó más que apechugar con el reconocimiento del llamado *Reino de Italia*, de que él y sus amigos políticos aparentaban escandalizarse tanto. La segunda, tampoco le costó más que transigir con la tolerancia de cultos, sancionada en la Constitución del 76, y renunciar á la unidad católica, que él y los demás moderados decían estar dispuestos á defender y conservar á cualquier precio.

(Menos al precio de renunciar á la nómina.)

Por algo es tan peludo el marqués de Molíns. Como se parece tanto á Esaú en lo de *pilosus*, quiere parecerle también en lo de vender la primogenitura político-piadosa, y la va vendiendo ya dos veces, si no por un plato de lentejas, á lo menos por un plato de monedas de 100 reales en forma de sueldos y *viáticos* de embajada.

Ni más ni menos que el marqués de la Vega de Armijo, que también es hombre de bastante pelo, sería capaz de vender todas las primogenituras posibles por un plato de *judías* danubianas, con sus judíos correspondientes.

Volviendo al de Molíns, no me digan ustedes que todo esto no tiene nada que ver con los ripios de sus versos; porque sí tiene, y mucho que tiene.

Un hombre que así vende una vez y otra por un potaje diplomático la primogenitura y aun la filiación de católico, y con ella su derecho á la gloria, es imposible, no puede ser poeta.

Y, efectivamente, no lo es.

Allá en lo antiguo solía escribir romances á *Carmen* (*Carmen* creo que debe ser la señora marquesa, c. p. b.) llamándola:

»La del cabello atezado,
La de la frente *de plata*...»

¡Figúrense ustedes!... ¡Una señora con la frente de plata! Y todo así por este molde. En fin, tonterías.

Ahora modernamente ha coleccionado todas sus simplezas antiguas, aumentadas con algunas nuevas, en varios volúmenes, de que *La Epoca* y *El Tiempo* han hecho casi tantos elogios como del gran tomazo de las *Cartas de Indias*.

La Epoca se ha enamorado del tomo II, que sin duda la pareció el mejor, y de él copia un prólogo en prosa, y unas décimas en verso, por decirlo así.

De la prosa del marqués no hay que decir nada, sino que es oscura y enrevesada cuanto cabe.

De los versos... allá va la primera décima:

«Con envidia ese legajo
Os mando, bella Leonor:
Que es hoy para mí favor
Lo que para vos trabajo.
Mañana orillas del Tajo
La frondosa «Pañoleta»

Verá vuestra faz perfeta,
Y que no olvidéis espero
La espada de caballero
Y la lira del poeta.»

La espada de caballero era el título de una cosa como drama que constituía el legajo que el marqués mandaba con envidia. La *pañoleta* era una dehesa, y *perfeta*, un consonante, y todo lo demás como el *favor*, y el *trabajo* y la *lira*, ripios, como habrán visto ustedes.

Después, en la segunda décima, la emprende el marqués con el río, á quien llama padre, y de buenas á primeras le dice:

«Padre Tajo, augusto río,
Honor de la gran Toledo,
Bien puedes correr más ledo
Con los versos que te envío...»

¡Sí, pues vaya un regalo! No sé lo que haría el río; pero lo que hubiera hecho yo en su lugar, era lo contrario: correr más triste, y más aprisa para no escuchar los versos de usted, señor marqués; porque la verdad, y dicha sea sin asomo de adulación, es que por no oirlos se puede dar algo bueno.

¡Pues vamos, que esta otra décima!...

Oigan ustedes:

»¡Quién sobre el fiero *tordillo*
Siguiendo la caza os viera,
Como Diana ligera
Tras el raudo *cervatillo*,
Ya perdido el *sombrerillo*...»

¡Hombre, digo, hombrecillo, ó marquesillo! ¡Qué consonantillos tan variadillos usa usted!

¿Conque el *sombrerillo?* ¡Habrá picarillo!...

No les quiero decir á ustedes lo que pasa en la décima después de perdido el sombrerillo, porque supongo que no les importará á ustedes gran cosa, y además tampoco tiene nada de particular.

Lo único particular que hay aquí, es que el marquesillo es un poetillo bastante malillo, y aun bastantillo... Si bien esto tampoco es particular en la clase de marqueses, sino general, ó como diría el marqués, generalillo.

A estas décimas y otras así, las llama el marqués *oportunas*, con todas sus letras, y *La Epoca* remacha el clavo llamando *discretísimo* al prólogo en que las encaja... ¿Qué daño les habrá hecho, quisiera yo saber, qué daño les habrá hecho el buen gusto literario á los conservadores, para que le tengan enemistad jurada?

Porque no son solos el marqués y *La Epoca* los que despotrican en daño de la literatura, con ocasión de los volúmenes del marqués, sino que hasta *El Tiempo*, hasta el *El Tiempecillo* inconcomitante, impermeable é indocto, como decía *El Siglo Futuro* en sus días mejores, hasta el mismísimo incauto *Tiempo*, se cree en el caso de echar las piernas por alto en honor del marqués y de sus atentados poéticos.

Sólo que *El Tiempo* no se enamoró como *La Epoca*, del tomo II. A *El Tiempo* le ha sedu-

cido el tomo III, quizá por estar encuadernado en papel verde. Lo cierto es que *El Tiempo*, de puro entusiasmo, levanta á este tomo III un falso testimonio, el de que estaban esperando su reimpresión los *aficionados á las letras...*»

Después descerraja *El Tiempo* unos cuantos pares de... elogios al señor marqués, llamándole poeta dramático, profundo historiador, y profundo académico (vaya si es profundo; profundo embajador, sobre todo), y habla de «la galanura del estilo y agradable recreo que el tomo contiene,» y se lamenta de la dificultad de escoger para muestra, porque todo es tan bueno, que «raya en lo excelente.»

Laméntase, además, *El Tiempecillo* incivil de lo *desmedrado* de su ingenio, aplicando al ingenio un adjetivo más propio del lomo; y por fin elige *La Manchega*, «digno coronamiento de la obra del señor marqués de Molíns, al decir de *El Tiempo*, y modelo, por lo acabada y completa, de *tipos* (¿?) nacionales, estudios de costumbres y recuerdos de nuestro país.» «Mézclase en ella, añade todavía *El Tiempo*, la observación filosófica á la narración de escenas populares, cual mejores no pueden imaginarse, sentimentales la mayor parte, otras de provechosa enseñanza, y todas de *sabor* tan local (ya pareció el *sabor)* y castiza estructura que... etc.»

Ahora, no porque tal haya dicho *El Tiempo* vayan ustedes á creer que *La Manchega* es un disparate. No; son muchos.

«Sirvan de ejemplo, como dice *El Tiempo*, las siguientes coplas, que el autor pone en boca de un marmitón (¡valiente par de marmitones estáis tú y el marqués!) de cierta fonda del camino de hierro:

«Para tren de recreo
Tomé billete,
Y una *quereña* truje
Desde Albacete.
¡Ay, la de Quero!
¡Quién fuera en mejor viaje
Tu fogonero!

¡Cuánta majadería! La *quereña* no se sabe qué chisme es, hasta que luego se sospecha que puede ser una moza de Quero, que tampoco se sabe á qué viene.

¡Y la copla que sigue!...

Quien no ha probao nunca
Tren de tercera,
No sabe lo que es *groma*
Ni cosa fresca.»

No; el que no sabe lo que es broma (pesada) ni cosa fresca, es el que no ha leído versos del marqués de Molíns, con ó sin elogios de *El Tiempo*. Aquí ya dejó el marqués los consonantes, y se contenta con asonantes. Después vuelve á los consonantes y á los desatinos (aunque estos no los había dejado) en esta forma:

«Hoy cumple mi quereña
Deciocho abriles,

Hasta los veinte justos
No descarriles...»

¡Hombre! y después, ¿por qué ha de descarrilar? Siga usted:

«¡Ay, mi Maruja!
Yo podré ser entonces
Tu guarda-buja.»

¡Mejor hubiera hecho usted en guardarse los versos! Mucho mejor.

Pero ya que usted no los guardó, tampoco yo quiero ocultar á mis lectores esta estrofa:

«Un suspiro tan solo
De mi manchega,
Puede más que el silbío
De cien calderas.»

¡Qué barbaridad!

Pero, diga usted, señor de Molíns, y tan literato como es usted, ¿no conoce las fábulas de Iriarte? Y si usted las conoce, ¿cómo no se ha mirado usted en el espejo de aquel pariente suyo que figura en una de las primeras? Porque me parece que ante las alabanzas de *El Tiempo*, ha debido usted echarse sus cuentas allá entre sí, y exclamar como el oso que bailaba:

Mas ya que *El Tiempo* me alaba
Muy mal debo de bailar.

Y efectivamente, baila usted muy mal.

IV

El conde de Cheste.

—¡Este!... ¡Este!...

No crean ustedes que lo digo yo: lo dice el eco.

El eco de la fama.

Para la cual será sin duda desconocido el conde de Cheste como guerrero; mas no puede ser desconocido como mal poeta. Hay cosas y malos poetas que no puede desconocer nadie.

Con todo, por si alguno de ustedes ha tenido hasta hoy la fortuna loca de no tropezarse jamás con una *poesía* del conde de Cheste, es decir, por si alguno de ustedes no conoce todavía los versos del conde de Cheste más que de oídas, no cometeré yo la imprudencia de mostrar á ustedes la clase, sin ciertas precauciones.

¡No faltaba más!

Tiene versos el conde que, leídos así, sin preparación, pueden hacerle á cualquiera caerse muerto de repente.

¿No están ustedes cansados de oir echar pestes contra *La Correspondencia de España* por la irreflexión con que estampa noticias de fallecimientos, bodas y otros desastres, que producen luego en cualquier lectora desprevenida, por lo menos, desmayos y síncopes?

Pues, aseguro á ustedes, á fe de Venancio, que la generalidad de los versos del conde de Cheste, es decir, todos, porque todos son *generales*, tienen mucha más fuerza destructora que cualquier noticia de *La Correspondencia*.

Así es que no, yo no quiero dar á ustedes de sopetón los versos del conde.

Por lo menos he de hacer esta advertencia de antemano.

El conde de Cheste es académico de la Española.

Y no un académico así, de tres al cuarto, como el conde de Casa-Valencia, sino el principal, el presidente ó el director, que no sé á punto fijo cómo se llama; en fin, el que rige y gobierna todo aquel zurriburri literario, que comienza por el expresado conde de Cheste, continúa por Alejandro Pidal y Mariano Catalina, y concluye ó va á concluir por el duque de Villa-hermosa.

Hecha esta aclaración, prevenido el lector de que el conde de Cheste es el Tello que manda en la casita baja de la calle de Valverde (pues que nunca mejor que aquí se ha podido decir:—¿Quién manda?—Tello.—Así anda ello), ya se le pueden disparar toda clase de malos versos á quema-ropa.

Ya no hay peligro ¡quiá! por el contrario, me estoy temiendo que ahora, después de sabida la anterior noticia, por malos que sean los versos del conde de Cheste—¡y cuidado que son malos!...—les van á parecer á ustedes demasiado buenos...

Demasiado buenos para ser de director de la Academia.

Tal fama tiene esta señora.

Y no es mal adquirida.

Algo peor adquiridos suelen ser los bienes de los moderados y los consonantes del conde de Cheste, ninguno de los cuales (ni de los consonantes, ni de los bienes), suele pertenecer en rigor de derecho literario ó civil al verso ni al moderado que los lucen.

Pero, en fin, con su pan se lo coman.

Que así lo harán.

A lo menos, los moderados respecto de sus bienes, ya que el conde no quiera hacer lo mismo con sus consonantes, de los cuales se empeña en hacer participar á todo el mundo...

Conque dejémonos de política y vamos á los versos, es decir, á los ripios del conde de Cheste.

Aunque también los tiene políticos.

Me acuerdo mucho—¿cómo no he de acordarme?—de una *epístola* en tercetos, que hace unos cinco años disparó el de Cheste contra otro conde amigo suyo, y contra el público en general, porque la imprimió en un periódico, y contra el sentido común, y contra el lenguaje, y contra la retórica, y contra la monarquía constitucional, y contra la gramática...

Y contra todo... ¡Hubo una de víctimas!...

La cosa comenzaba así:

«¿Podremos por la senda, conde amigo,
Que seguimos tú y yo con fe sincera...»

sin cera y sin miel, y sin nada. Los panales poéticos del conde no tienen miel, ni cera, ni cosa que preste.

Pero tienen muchos disparates.

Verbigracia:

«¿Podremos por la *senda*, conde amigo,
Que seguimos tú y yo con fe sincera,
Llevar la *nave* á *descansado abrigo?*»

¡Bien descansado sí que le debió de quedar al conde el entendimiento! Porque eso de que las *naves* andan por *sendas*, como las cabras...

Las naves andan por el mar, señor conde, si no lo lleva usted á mal, y aunque lo lleve. Pero también eso del *descansado abrigo*, denota que tiene usted el numen demasiado *abrigado*.

Por señas, que allí fué donde el conde de Cheste llamó á Cánovas *leguleyo vano*, y hasta

llegó á decir de él ¡pásmense ustedes! lo que reza el siguiente terceto:

«Vedle, ese loco embaucador tribuno,
Con frase henchida de perfidia insana,
De orgullo *ahito* y de prudencia *ayuno*...»

Allí fué donde, señalando con el dedo á don Alfonso, rey constitucional casi recién llegado, dijo amargamente:

«Ya el *piloto primero* erró el camino.
Si á continuar el rumbo desastroso
Y no á corrientes nuevas, ¿á qué vino?»

Que es lo mismo que he dicho yo muchas veces, salvo lo prosáico y lo cursi de la construcción. ¿A qué vino eso de *venir á corrientes* y eso del *piloto primero* y la epístola toda?

Y ¿á qué vino aquel otro terceto que decía:

«Tal es la monarquía, y no combato
La libertad: Dios solo es absoluto,
Y de hacer absoluto al rey no trato?»

Claro que no. No trata usted de hacer absoluta más que la falta de poesía en su pedestre composición, y eso lo consigue usted de lleno; ¡vaya si lo consigue!

Figúrense ustedes si lo conseguirá el bueno del conde con tercetos como el que precede y como estos que siguen:

«¡Ay, que esto no es vivir!...»

Efectivamente, y bien está que usted lo diga, señor conde. Leer versos de usted, no es vivir,

es perderse en un laberinto de prosaismos y de dislates...

«¡Ay, que esto no es ivvir!... y al alma aflige.
No ver remedio al mal que nos devora
Cuando *caña tan fefle* nos dirige...»

Aten ustedes cabos... ó cañas.

«Tómala tú, rey mío...»

¡Qué ternura!...

«Tómala tú, *rey mío*, que ya es hora.
¿El vecino rujir no sientes *furo?*...»

¡Cuidado que es malo todo esto! ¿Pues y esto?

«Y no olvide que reina y me gobierna
Y es ese su deber y eso le manda
También de Dios la autoridad *superna;*
Que si de inerte vida *miseranda*...»

¡Anda, anda!...

Afortunadamente la epístola fué denunciada por el fiscal de imprenta. No podía menos. La agresión y el atropello literarios eran ya tan enormes, que conmovieron á Mendo-Figueroa, que en paz descanse.

Por cierto que mandaba Cánovas; y bien seguro es que aquel procedimiento criminal contra los versos del conde de Cheste, es el único servicio que á D. Antonio deben las letras patrias.

El único servicio verdadero, porque flacos servicios las ha hecho muchos...

¡Ah! ¡pues si vieran ustedes otros versos del

conde de Cheste que una vez encontré yo en un álbum!

Decía el conde:

«No entre ninfas y fuentes de verdura.»

Ya ven ustedes. Hasta ahora se habían conocido fuentes de agua, y aun de vino, en tiempo de elecciones, y en otras grandes solemnidades, pero fuentes de verdura... estaba reservado al conde de Cheste el descubrirlas.

¿Y qué me dicen ustedes de las *ninfas de verdura*? Porque no consta en el texto que la *verdura* del consonante sea peculiar y exclusiva de las fuentes; no, lo mismo puede ser de las ninfas, exactamente lo mismo...

Peor que á las fuentes no las ha de sentar.

«No entre ninfas y fuentes de verdura,
Ni bajo sombras en mullida vega,
Sino de la virtud nuestra ventura,
Está en la cima *audaz*, *áspera*, *ciega*...»

¡Eche usted, hombre, eche usted! ¡Qué conde este, y qué ensañamiento el suyo para apedrear á las cosas con epítetos!

Porque, vamos, que aparte de la belleza de la construcción: *sino de la virtud nuestra ventura está en la cima*, donde casi es imposible escogitar manera más oscura y revesada de decir que nuestra ventura está en la virtud; aparte, digo, de esta belleza, lo que es eso de llamar *audaz* á la cima de la virtud, ya es una audacia sólo comparada con la del conde al meterse en versos.

¡Pues y lo de llamar á *la cima* de la virtud *áspera* y *ciega*, sobre todo lo de *ciega!*

¿Por qué la llama usted ciega, señor conde, vamos á ver? ¿De dónde le sale á usted llamar ciega á la cima de la virtud? Más ciego es usted, sí, señor, mucho más. Porque si necesitaba usted un consonante en *ega*, en Navarra hay un río de este nombre; y si no quería usted ir tan lejos, hubiérala usted llamado *griega*, que yo creo que no era tan malo. ¡Pero *ciega!* ¡Vaya con el conde! ¡Y qué consonantes nos gasta!

«Quien no suda y se hiela...»

Sigue la octava del conde.

«Quien no suda y se hiela...»

Que es lo que le pasa á uno con los versos de usted, señor conde; sudar de fatiga por los malos tratamientos con que aflige usted á la sintaxis, y quedarse uno helado á lo mejor ante un consonante de esos *ciegos* que le planta usted al lucero del alba.

«Quien no suda y se hiela, quien no abjura
Del ocio y del deleite allá no llega.
Aguila á quien tan noble sangre anima
¿No querrás tu llegar hasta esta cima?»

No, señor; lo que es como supiéramos que le íbamos á encontrar á usted allá, no querríamos llegar hasta esa cima ni hasta ninguna otra.

Y no sería por falta de abjurar del ocio y del deleite, sobre todo del deleite, porque ¿qué mejor abjuración de todo deleite que la de ponerse uno á leer versos de vuecencia?

Se advierte que águila no es aquí cualquiera de los lectores; águila es la señora de la casa y del álbum.

Bien podía el conde haberla llamado paloma, que sería más poético; pero nada... Aguila. ¿Qué entiende el conde de estas cosas?

Y gracias que no le hizo falta el nombre de otro pájaro cualquiera ó algún adjetivo inconveniente para el consonante, que si no, lo mismo se le encaja. ¡Cuando se atrevió á llamar *ciega* á la cima de la virtud! Al cabo no ha tratado tan mal como á la cima de la virtud á la señora.

Ni tan mal como á la poesía.

Para la cual, todo eso que ustedes han visto son tortas y pan académico en comparación de otras cosas del conde de Cheste.

Porque siendo siempre verdad el refrán que dice que

El que hace un cesto hará ciento,
Si le dan mimbres y tiempo,

el conde de Cheste, que ha tenido siempre mucho tiempo de sobra, y también muchas mimbres, ¡figúrense ustedes si habrá hecho cestos literarios!

Por eso cualquier día le volveremos á dar otro rifirrafe.

Conque hasta otro rato.

V

DOS-HERMANAS es un pueblo que está junto á Sevilla; tiene estación de ferrocarril y tiene marqués porque nada le falte.

Es verdad que si lo de la estación no deja de ser rara fortuna, puesto que hay muchísimos pueblos privados injustamente de este beneficio, gracias á la perfecta libertad con que las compañías de ferrocarriles han hecho siempre entre nosotros lo que las ha dado la gana, lo que es marqués, ya casi no va quedando un pueblo en España que no le tenga.

Ni un pueblo, ni un monte, ni un soto, ni un prado, ni una casa, ni un río, ni un puente, ni un chisme cualquiera que tenga nombre.

De todo y para todo hay marqueses ya.

Una barbaridad de marqueses, como dice el general Martínez Campos.